

escalera? De estos tales era en un tiempo San Agustín; y por eso lloraba después, y decía: «Andaba yo, Señor, feo por las criaturas hermosas que tú criaste.» ¿Y adónde está la pureza de la mujer hermosa, para tanto más guardarse limpia en el ánimo, cuanto más hermosura ve en su cuerpo? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no; y hacen al contrario de esto muchas personas, que siendo feas no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión de ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura (*Prov.*, 11, 22): *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer hermosa que es loca.* Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno. Así es la mujer loca, que emplea su hermosura sin algún asco en mil liviandades y hediondeces, ya del cuerpo ya del ánimo.

Pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda a guardar la limpieza, de la propia ánimo, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien la mira? ¡Oh, cuán buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para se hermohear, ni gana para ver ni ser vistas; pues de lo uno y de lo otro suele muchas veces salir el determinado deseo de mala codicia, y darse tantas puñaladas mortales en sus ánimas, cuantos malos deseos determinados tuvieron! ¿Y quién los contará? ¿Qué dirán a esto los hombres perdidos, y estas miserables mujeres, hermosas al parecer, y feas según la verdad, cuando les falte la hermosura del cuerpo, por la cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas, cuan hediondas andaban sus ánimas debajo los cuerpos hermosos, y sean así presentadas, desnudas de bienes, delante de los ojos de Aquel al cual no curaron parecer bien; y sean avergonzadas de sus secretas maldades, probando por experiencia que vino el día en que Dios había amenazado, [y] *echó a perder los nombres de los idolos de la tierra?* (*Zach.*, 13, 2). *Idolo* es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer a Dios verdadero; pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los corazones de los hombres malamente se ocupen en ella; y haciendo para ello todo lo que puede, y deseando lo que no puede. *Los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios*, para que sepan que no aprovecha

ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raidas del libro de Dios.

De esta hermosa os amonesto, doncella de Cristo, que ni aun os acordéis de ella. Porque si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre, y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre de pueblo, o algún alto Príncipe, ¿cuánto más la doncella de Cristo debe hacer otro tanto, esperando aquel día cuando ha de ser vista de todos los ángeles, y del Señor de hombres y de ángeles, cuando parecerá mejor la faz llorosa que la risueña, y el vestido bajo que el precioso, y la virtud que la hermosa?

Mas no penséis que basta tener vuestro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remírar, no seáis causa que quien os mirare se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto. Las vanas doncellas del mundo desean parecer bien a los hombres; mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huír ni temer como bien parecer; porque no puede ser peor locura que desear lo que es peligro suyo y ajeno. Acordaos de lo que San Jerónimo dice a una doncella: «Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu Esposo es celoso; y peor es ser adúltera contra Cristo que contra el marido.» Y en otra parte dice: «Acuérdate que te he dicho que eres hecha sacrificio de Dios; y el sacrificio da santificación a las otras cosas; y cualquiera que de él dignamente participare será participante en la santificación. Pues de esta manera haz que por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras; con las cuales así vivas, que quienquiera que tocare tu vida, con el mirarte, o con el oírte, sienta en sí la fuerza de la santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de sacrificio.» Todo esto dice San Jerónimo.

CAPÍTULO 104

Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas; y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ella quieren gozar.

De lo cual veréis, que esta honra tan grande, que es ser esposa de Cristo, no anda sola, ni se ha de

poseer con descuido; mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que, por no tener marido que sea hombre terreno, ya por eso habéis de vivir con descuido; mas sabed que estáis obligada a mirar más y más, cuanto vuestro Esposo es mayor, y cuanto más cosas son las que Él os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes; mas con el celestial Esposo no, si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas. Y una palabra, y un rato ocioso, no pasará sin castigo. Y esto no os parezca pesado, porque aun acá en el mundo así pasa, que cuando una mujer alcanza marido más alto está obligada a ser ella mejor. Pues si podéis, considerad quién es Aquel a quien por Esposo tomasteis, o por mejor decir, quién por esposa os tomó; y veréis, que aunque lo que mandase fuese pequeño, por mandarlo Él, no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño, como San Jerónimo dice.

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonra, quiero ponerlos delante un dechado en que os miréis y de quien algo saquéis, que fué una doncella llamada Asela, de la cual dice San Jerónimo: «Ninguna cosa había más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría; ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad. Así tenía amarillez en la cara, que aunque fuese señal de abstinencia, no mostraba hipocresía. Su palabra callaba, y su callar hablaba. Ni muy tardo ni muy apresurado su andar. Su hábito a la continua de una misma manera. Su limpieza era sin ser procurada, y su vestido sin curiosidad, y su atavío sin atavío. Y por sola la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella.» Este es el dechado que debéis mirar para lo de fuera; que para lo de dentro no hay sino Jesucristo puesto en la cruz, al cual tanto más os debéis conformar, cuanto tenéis nombre de mayor unión con Él, que es casamiento.

CAPITULO 105

Que no debe desmayar a las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar; y del alegría con que se debe guardar; y de los grandes bienes que en él hay (1).

Mas mira[d] no desmayéis, por la mucha santidad que vuestro título pide, temiendo más al estado, que gozándoos con él. Cuando oyéredes que os amonesta cosas tan altas, no debéis derribaros, mas esforzaros. Porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, más cumple ella con guardar bien lo que el marido trae ganado, y trabajar con su flaqueza lo que pudiere, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de mantener vuestra ánima, pues que ni vos seréis para ello, ni quiere Él que la honra de ser vos la que debéis, sea vuestra. Plega a Él que sepáis vos darle vuestro corazón, y responderle a sus inspiraciones que Él os enviará; y que no ensuciéis, con tibieza o con soberbia o con negligencia o con indiscretos fervores, el agua limpia que en vuestra ánima lloverá; que en lo demás vuestra ánima ha de reposar, no en confianza de vos, mas de vuestro Esposo, que sabe y quiere y puede muy bien manteneros, si vos de vuestra voluntad de su casa no os vais. Y aun en las cosas que arriba os he dicho que habéis de hacer, no las esperéis de vos sola; mas pedid al mismo Señor que os ayude, que en todo lo sentiréis piadoso Padre y Esposo.

El estado de virginidad que tenéis, no se debe tomar livianamente, por cualquiera devoción que venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir a Cristo, y haberlo encomendado a Dios días y años muy de corazón, porque no se guarde negligentemente lo que livianamente se toma. Mas cuando es tomado, como, y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría

(1) Véanse las Cartas 33, 65 y 70.

la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad. Porque así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpiísima virginidad, se llama *Virgen de vírgenes*, y es amparadora de vírgenes, dió fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgenes que son de verdad vírgenes, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial Esposo, Cristo, no es como los de la tierra, que quitan la hermosura e integridad a sus esposas; mas es tan guardador de hermosura, y tan amador de limpieza, que, como dice Santa Inés: «A Él sólo guardo mi fe, a Él sólo me encomiendo con toda devoción; al cual cuando amare soy casta, cuando lo tocare soy limpia, cuando le recibiere soy virgen. Ni faltarán hijos de aquestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada.» Esto dice Santa Inés, como quien probaba la suavidad de este celestial Desposado. Porque confusión, y no pequeña, es para la doncella que se llama esposa de Cristo, no gustar más de las condiciones y suavidad de su Esposo, que si fuera una extranjera.

¡Oh cuántos dolores ahorra la virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos que por fuerza los trae el mismo estado del matrimonio de carne; otros que de la mala condición del marido suelen nacer. Mas acá, los hijos son *gozo, caridad y paz*, y otros semejantes que cuenta San Pablo (*Gal.*, 5, 22). El Esposo, bueno, pacífico, rico, sabio, hermoso, y según la esposa dice en los Cantares (5, 16), *todo para desear*. ¿No os parece, pues, que hace este Rey gran merced a quien toma, no sólo para esclava o sirviente, mas para esposa? ¿No os parece buen trueco, parto con gozo por parto con dolor? ¿Hijos de descanso por hijos de cuidado, y que ellos traen consigo la dote, y el placer y la honra? Por cierto, como San Jerónimo dice hablando a una madre de una doncella: «No sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer de un caballero por ser esposa del Rey, y que te hizo a ti suegra de Cristo.»

No resta, pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su bondad os dió, que tengáis cuidado de ser la que debéis; y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabara en vos lo que ha comenzado; para que así, ni de la merced hecha os dé alegría vana, ni el temor de

lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite con el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza, cuando tengamos presente y sin temor de perder aquello que aquí en ausencia esperábamos.

CAPITULO 106

De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa; y cómo al alma que está en pecado le faltan todas cuatro.

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos: ¿De dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensemos que lo había este Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos a nuestro propósito.

Habéis de saber, que para ser una cosa del todo hermosa cuatro cosas se requieren. La una, *cumplimiento* de todo lo que ha de tener; porque faltando algo, ya no se puede decir hermosa; como faltando una mano o pie, o cosa semejante. La segunda es *proporción* de un miembro con otro; y si es imagen de otra cosa, ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener *pureza de color*. Lo cuarto *suficiente grandeza*; porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos que ni una sola de ellas tiene. No *cumplimiento*, porque faltándole la fe o la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa a quien tantas cosas le faltan. No tiene *proporción* entre sí, porque ni obedece la sensualidad a la razón, ni la razón a Dios. Mayormente, siendo el ánima criada a imagen de Dios, era razón que para guardar su hermosura, fuera semejante en las virtudes a su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala; Dios limpio, ella sucia; Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está a su dechado? Pues lo tercero, que es una *luz* espiritual de gracia y conocimientos, que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo, también le falta;

porque ella anda en tinieblas, y está *denegrida más que carbones*, como lo llora Jeremías (*Thren.*, 4, 8). Pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni *chica*, que ser pecador, que es nada y menos que nada.

De manera, que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea. Y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas.

CAPITULO 107

Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni Ley natural o de Escritura, bastaban a la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.

Esta fealdad del pecado es tan dificultosa, y por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerza de criatura, que todas juntas no pueden hermosear una sola ánima fea. Lo cual denota el Señor por Jeremías, diciendo (*Jerem.*, 2, 22): *Si te lavares con salitre, y con abundancia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento.* Quiere decir, que para quitar esta mancha, ni aprovecha *salitre* de reprensiones de los Profetas, ni recios castigos de la Ley vieja, ni tampoco *blandura* de los halagos y prometimientos que Dios entonces hacía. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones; entre amenazas y promesas. *Porque por las obras de la Ley vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios, como dice San Pablo (Rom.*, 3, 20), y por eso no podía haber *hermosura* para ser *codiciada de Dios*, pues no había justificación, que es causa de la hermosura.

Y si en la Ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la Ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura. Que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la Ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por el derramamiento de la sangre del precioso Cordero, Jesucristo nuestro Señor; el cual como dice San Juan (*Apoc.*, 13. 8), *fué muerto desde el principio del mundo.* Por-

que aunque fué muerto en la cruz *en los postreros días del mundo*, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, se dice ser muerto *desde el principio del mundo* porque desde entonces comenzó su muerte a obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz. Porque ordenó Dios, que así como un padre fué la cabeza y fuente de pecado y muerte para todos los que de él viniesen por vía ordinaria, así quiso que uno fuese, por el cual fuesen libres, todos los que lo quisieren ser, del mal en que el otro nos había metido, y aun de los que añadimos nosotros. Así dice San Pablo (*Rom.*, 5, 19), que *como por la inobediencia de uno, fueron constituidos pecadores muchos, así por la obediencia de otro, serán constituidos justos muchos*. Y así como *la obediencia que Jesucristo tuvo a su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz*, no sólo hace justos por imitación, mas dando verdadera justicia (1). así el mal que Adán nos hizo, no sólo fué sernos ejemplo de pecar, mas hacernos de verdad pecadores con pecar él. Y así lo que San Pedro dijo (*Act.*, 4, 12), que *no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual nos convenga ser salvos, sino en el de Jesucristo*, no sólo se entiende desde que Dios encarnó, mas desde el principio del mundo según hemos dicho; pues los que estaban en gracia de Dios, lo estaban por merecimientos de aqueste Señor, mediante la fe y penitencia.

Y aunque, circuncidando a un niño, se le daba gracia con que quedaba justo, y el pecado original perdonado, mas no le daba la circuncisión gracia; que aquello guardábase para los Sacramentos de la nueva Ley; mas era una protestación de la fe, que del Mesías que había de venir, entonces se tenía. Y si después cuando grande perdía la gracia por algún pecado mortal, ofrecía algún animal, según Dios lo mandaba, cuya sangre se derramase en el templo; no para justificar, porque no tenía virtud para ello, sino para que el pecador protestase su fe que tenía en el Señor que había de venir; y con esta fe y con la interior penitencia de sus pecados, que Dios le inspiraba, era hecho participante de la preciosa sangre de Cristo, que se había de derramar para el perdón de los pecados.

(1) Véase el cap. 88.

Y no sólo había remedio en la Ley de Escritura por fe y penitencia interior, según hemos dicho, mas también en Ley de naturaleza, aunque no se requería tan explícita la fe en nuestro Señor. Y también había exteriores protestaciones de aquesta fe, cuales el Señor, *que quiere que todos se salven*, les inspiraba; para que, aunque las gentes diversas, y los ritos en lo exterior fuesen diversos, el Salvador sea uno, *mediano de Dios y los hombres, Hombre Cristo Jesús*, como dice san Pablo (1 *Tim.*, 2, 5).

CAPITULO 108

Que Cristo nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea; y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.

Considerad, pues, cuán fea es, y cuánto se debe huir la mancha que causa el pecado, pues una vez recibida en el ánima, ni se pudo lavar con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo, ni todas las fuerzas humanas para ello bastaron. Y si el hermoso Verbo de Dios no viniera a hermoearnos, duráranos para siempre la fealdad del pecado. Mas viniendo el Cordero sin mancha, pudo, supo y quiso lavar nuestras manchas; y destruyó nuestra fealdad, y diónos su hermosura.

Y para que veáis cuan razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenia que con su sangre hermoesease nuestra ánima fea, considerad que como se atribuye al Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, porque Él es perfectísimo, sin defecto alguno, *y es imagen del Padre*, como San Pablo dice (*Hebr.*, 1, 3), y tan al propio, que por ser engendrado por vía de entendimiento, es semejante del todo a su Padre, el cual le dió la misma esencia que Él tiene. De manera, que *quien a Él ve, ve al Padre*, como dice el Santo Evangelio (*Jn.*, 14, 9). Pues por esta *proporción* tan igual del Hijo con el Padre, con razón se le atribuye la hermosura, pues tan al propio está sacada la imagen de su dechado. *Luz* no le falta, pues que se

llama Verbo, que es cosa engendrada por el entendimiento y en el entendimiento; como lo dice San Juan (1, 9), *que era Luz verdadera. Grandeza no le falta, pues tiene inmensidad infinita.*

Y por esto convino que este Hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese a repararnos después de perdidos; y vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas la lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados, ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fué de tanto valor el ser castigado el Hermoso, que cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su Pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador (*Jerem.*, 2, 22): *Aunque te laves con salitre y hierba de jabón, no serás limpio; mas dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte (Is., 1, 18): Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve; y si fueren bermejos como sangre, con que tienen carmesí, serán blancos como la lana blanca.*

Muy bien creía esto David cuando decía (*Ps.* 50, 9): *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio; lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve. Hisopo es una hierba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta hierba juntábanla con una vara de cedro, y ataban la hierba al palo con una cuerda de grana dos veces teñida; y atado junto, decíanle hisopo, con el cual mojado con sangre y agua—y otras veces con agua y ceniza—, rociaban al leproso, y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio. Muy bien sabía David que [ni] la hierba, ni el cedro, ni la sangre de pájaros, ni de animales, ni el agua, ni ceniza no podían dar limpieza en el ánima, aunque la figuraban; y por eso no pide a Dios que tome en su mano este hisopo, y lo rocíe con él, mas dicelo por la humanidad y humildad de Jesucristo nuestro Señor; la cual se dice *hierba*, porque nació de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón, como la flor nace del campo sin ser arado ni sembrado. Y por esto dice (*Cant.*, 2, 1): *Yo soy flor del campo. Y esta hierba se dice pequeña, por la bajeza que en este mundo tomó, hasta decir (Ps., 21, 7): Gusano soy y no hombre, deshonra de hombres, y desprecio del**

pueblo. Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no puede ser curada sino con esta tan grande humildad; pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad.—Y no se os olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego del amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar; dandonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser. Esta carne medicinal fué junta al palo del cedro, cuando fué puesta en cruz, y atada con delgada hebra de lana dos veces teñida. Porque aunque duros, y gruesos, y largos clavos le tenían fijados con ella los pies y las manos, si su abrasado hilo de amor no le atara a la cruz, queriendo Él entregar la vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para le tener. De manera, que no ellos, mas el amor le tenía. Y este amor es doblado, como grana dos veces teñida; porque por satisfacer a la honra del Padre que por los pecados era ofendido, y por amor de los pecadores que estaban perdidos, padeció Él lo que padeció.

CAPITULO 109

Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer a Moisés; y qué era lo que David pedia cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.

La ropa que el Sumo Pontífice de la Ley se vestía, había de ser de grana teñida dos veces; porque la santa humanidad de Cristo, que es su vestidura, se había de teñir en sangre por amor de Dios y del próximo derramada.

Y esta carne, puesta en la cruz, es el velo que Dios mandó hacer a Moisés (*Ex.*, 28, 33) *de jacinto y carmesí y grana dos veces teñida*, de blanca y retejada holandá, hecho con labores de aguja, y tejido con hermosas diferencias. Porque esta santa humanidad es teñida con sangre, como el *carmesí*; es abrasada con fuego, significado en la *grana*, según hemos dicho; es blanca, como la *holandá*, con castidad e ino-

encia; y es *retejada*, porque no fué muelle, ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa, y de muchos trabajos. Y está bien significada en el *jacinto*, que tiene color de cielo, porque es formada por obra sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial; con otras muchas lindezas y virtudes que tiene, formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de Dios. Y este velo manda que se cuelgue en cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir, que en cuatro brazos de cruz fué puesto Cristo; y cuatro Evangelios le ponen y predicán manifiesto delante del mundo.

Pues como el real Profeta David fué tan alumbrado Profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado cuando tomó la oveja y mató al pastor (1), temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del Profeta Nathán (2 *Reg.*, 12, 10), suplica a Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopo material, pues que el mismo David dice a Dios (*Ps.* 50, 18), *no te deleitarás con sacrificio de animales*; mas pide ser rociado con la [sangre] (2) de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que aunque su fealdad sea mucha, e imposible a él de quitarla, que *será emblanquecido más que la nieve con la sangre que de la cruz cae.*

¡Oh Sangre hermosa de Cristo hermoso, que, aunque eres colorada más que rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche! Y ¡quién viera con cuánta violencia eras derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor! Y ¡cuán de buena gana, Señor, extendías tus brazos y pies, para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos! Gran fuerza ponen contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció. *Hermoso llama David a Cristo (Ps. 44, 3), sobre todos los hijos de los hombres*; mas este hermoso sobre hombres y ángeles, quiso disimular su hermosura, y vestirse—en su cuerpo y en lo de fuera—, de la semejanza de nuestra fealdad que en nuestras ánimas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo

(1) Cuando tomó a Bersabé y mató a Urías.

(2) *Sangre*: *carne* dicen las ediciones consultadas.

de su hermosura, como lo es una pequeña pajica en un grandísimo fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejantes a Él.

CAPITULO 110

De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos; para lo cual se declara un lugar de Isaías.

Si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso—todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino—, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que siendo escondidas en Él, se manifestasen en nosotros.

Muy entero y *acabado* y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni le puede faltar, y quita Él la falta a todas las cosas. Mas este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre, y por todo el discurso de su vida y muerte; y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida; cuán falto fué de cama para echarse, cuando le puso la Virgen en el pesebre, porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén. ¿Cuántas veces le faltó con qué remediar su frío y calor, y no tenía sino lo que le daban? Y si en la vida *no tenía en qué reclinar su cabeza*, como Él lo dice (*Mt.*, 8, 20), ¿qué diréis de la extrema pobreza que en su muerte tuvo? En la cual menos tenía dónde reclinar su cabeza; porque, o la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas, que más se le hincarian en ella, o la había de tener abajada y en vago, no sin grave dolor. ¡Oh sagrada cabeza—de la cual dice la Esposa (*Cant.*, 5, 11), *que es oro finísimo*, por ser cabeza de Dios—, y cuán a tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos reclinamos en las criaturas, amándolas y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en Ti! Y la causa por que pasa esta falta y pobreza, declara San Pablo (2 *Cor.*, 8, 9): *Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo nuestro Señor Jesucristo, que siendo Él rico, se hizo pobre por nos, para que con la pobreza de Él fuésemos nosotros ricos.* Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la

primera condición de hermosura, que es ser en todo cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el cielo es la misma abundancia.

Pues si miráis a la otra condición del hermoso Verbo de Dios, cómo es perfectísima imagen del Padre, igual a Él, y *proporcionado* con Él, hallaréis que, no menos que la primera, la disimula en la tierra. Decidme: ¿qué es el Padre, sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad y gozo, con otros semejantes bienes, que todos ellos son un Bien infinito? Pues poned de una parte este admirable dechado, glorioso en sí, y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso—que había de pasar y traspasar a lo más dentro de nuestras ánimas—, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo nuestro Señor, fué sacado de la audiencia de Pilato, cruelmente azotado, y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que le veían, y de agudo dolor en el cerebro de quien la tenía; las manos atadas, y con una caña en ellas, los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de sangre que de la cabeza venía, las mejillas amarillas y descoloridas y llenas de sangre, y afeadas con las salivas que en su faz habían echado. Y con este dolor y deshonor fué sacado a ser visto de todo el pueblo, diciendo: *Mirad al hombre*; y esto para que a Él se le creciese vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hubiesen compasión de Él viéndolo tal, y dejasen de perseguir a quien tanto veían padecer. Mas, ¡oh con cuán malos ojos miraron las penas de quien más se penaba por la perdición de ellos, que por su propios dolores! Pues en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardióles más y más, como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra a ellos dicha por Pilato: *Mirad al hombre*; mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz.

Anima redimida por los dolores de Cristo, escuchad vos, y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre*; o: *Mirad el hombre*; porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores. Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviarla lo mejor que pueden, para que enamore a los que la vieren; y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cécrcanla de armas y de cuantas cosas pueden, para que

hagan temblar a los que la vieren; y cuando quieren sacar alguna imagen para hacer llorar, vístela de luto, y pónenle todo lo que incita a tristeza. Pues decidme: ¿qué fué el intento de Pilato en sacar a Cristo a ser visto del pueblo? No por cierto para ser amado ni temido, y por eso no lo hermosteó ni cercó de armas y caballeros; mas sacólo para aplacar los corazones crueles de los judíos con la vista del Redentor; y esto no por amor, que bien sabía Pilato que entrañablemente le aborrecían; mas queríalos aplacar a poder de sus grandes tormentos, y a propia costa de su delicado cuerpo. Y por eso atavió Pilato tan ataviado a Cristo de tormentos tales y tantos, que pudiesen obrar compasión en los corazones de los que lo viesan, aunque muy mal le quisiesen. Y por tanto, es de creer que lo sacó el más afligido y abatido y deshonorado que él pudo, reviviéndose en afearle, como se revén en una novia para ataviarla; para que por aquesta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado. Pues, decidme: si salió Cristo tal, que bastaba a apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego de amor en los corazones de quien le conoce por Dios, y le confiesa por Redentor?

Mucho tiempo antes que esto acaeciese vió el Profeta Isaías (53. 2) este paso, y contemplando al Señor dijo: *No tiene lindeza, ni hermosura. Mirámosle, y no tenía vista; y deseámosle despreciado, y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y que sabe de penas. Su rostro estuvo como escondido y despreciado, y por tanto no le estimamos. Verdaderamente Él llevó nuestras enfermedades, y Él mismo sufrió nuestros dolores; y nosotros le estimamos como leproso y herido de Dios, y abajado.* Si estas palabras de Isaías quisieredes mirar una por una, veréis cuán escondida estuvo la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermostearnos. Dice la Esposa, en los Cantares hablando con Cristo (*Cant.*, 1, 15). *Hermoso eres y lindo, Amado mío*; y aquí dice Isaías, que *no tiene lindeza ni hermosura.* Y Aquel en cuya cara se revén los ángeles *y la desean mirar* (1 *Petr.*, 1, 12), aquí dice que *no tiene vista.* Y Aquel que *cuando entró en este mundo fué, por mandado del Padre, adorado de todos los ángeles* (*Hebr.*, 1, 6), ahora que

sale del mundo es despreciado de muy viles hombres.

Dice David de Cristo (*Ps. 8, 7*): que *es ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios*; y dice Isaías que *está el más abatido de todos los hombres*. Y si esto fuera comparándolo con los que eran buenos, no fuera tanto el desprecio. Mas ¿qué diréis, que siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es dador de la vida, hacedor de las paces del Padre y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como dice David (*Ps. 68, 5*), *pagó lo que no tomó?*

Cristo no tenía por qué tener dolor, pues la causa de él es el pecado que en el mundo cupo; mas llámale aquí Isaías *varón de dolores*, que quiere decir, muy abundante de dolores; porque aunque no supo por experiencia de malos deleites, es varón que sabe de muy recias penas, porque las experimentó, y en tanta abundancia que diga Él por boca de David: *Muy llena de penas está mi ánima* (*Ps. 87, 4*).

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo: mas esta luz, dice Isaías que *tuvo su gesto* (1) *como escondido*. Porque si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no sé quién le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes lo hubiera tratado. Lo cual no es mucho de maravillar, porque aunque la Virgen, para siempre bendita, y en aquel día la más lastimada de las mujeres, lo parió y envolvió, y se remiraba en su cara como en un espejo luciente; mas con todo esto creo que, si allí estaba presente en este paso de tanto dolor, miraba y remiraba, con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si era aquél su benditísimo Hijo, que tan de otro color y manera estaba, que antes le había conocido.

Y si los que lo miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba a los que lo debíamos, fuera alivio a la pena de Cristo. Mas ¿qué diremos, que dice Isaías que lo *tuvieron por herido de Dios y abatido?* Porque pensaban que Dios lo abatía así, por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más; y por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera, que de fuera quitaban sus ojos de mirarle, porque habían asco de

(1) *Gesto*: semblante.

Él, como de un leproso; y en el corazón lo tenían por malo, y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar, que si le miraban, escupían hacia Él, y si no le miraban, habían grandes ascos, como de cosa muy fea. Lo que de Él hablaban eran injurias, que tanto lastimaban como los dolores; y con todo, decían que no tenía lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

CAPITULO 111

De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar a Cristo; y de la diversa operación que esta palabra: «Mirad a este hombre», ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.

¿Quién no se maravillará y dará alabanzas a Dios por su saber infinito, que por modo tan extraño quiso redimir al mundo perdido, sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha hecho ni se hará, que deshonorar y afear y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? Mas ¿de cuál otra cosa tanto provecho vino al mundo, como de esta bendita Pasión?

Pensaba Pilato, cuando ataviaba a este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más lo ataviaba, y ataviólo para ser visto de todo el mundo universo; sirviendo en esto, aunque él no lo sabía, a lo que Dios tanto antes había prometido, diciendo (Lc., 3, 6): *Verá todo hombre la salud de Dios.* Esta salud, Jesucristo es, al cual dijo el Padre (Isa., 49, 6): *En poco tengo que despiertes a servirme las tribus de Jacob, y que me conviertas las heces de Israel. Yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra.* Jesucristo predicó en persona (Mt., 15, 24) *a las ovejas que habían perecido de la casa de Israel* no más; y después sus santos Apóstoles, en el mismo pueblo de Israel comenzaron a predicar; y convirtieronse, no todos los judíos, mas algunos, y por esto dice *las heces.* Mas no paró *la salud del Padre*, que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fué pre-

dicado por los Apóstoles en el mundo; y ahora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo a tierras más lejos (1), para que así sea luz, no sólo de los judíos que creyeron en Él, a los cuales predicó en propia persona, mas también a los gentiles que estaban en ceguedad de idolatría tan lejos de Dios.

Y entonces se cumple lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo (*Lc.*, 2, 29): *Ahora dejas, Señor, a tu siervo en paz, según tu promesa; porque vieron mis ojos a tu salud, la cual pusiste ante el acatamiento de todos los pueblos, lumbré para los gentiles, y honra para tu pueblo de Israel.* Si miramos que Cristo fué puesto por mano de Pilato a ser visto de aquel pueblo en su propia casa, y después en lo alto de la cruz en el monte Calvario, claro es, que aunque de todo estado y linaje, naturales y extranjeros, que habían venido a la Pascua, había gran copia de gente; mas no fué Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos, como dice Simeón en su cantar. Y, por tanto, es Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos cuando es predicado en el mundo por los Apóstoles y sus sucesores, de los cuales dice David (*Ps.* 18, 5), *que en toda la tierra salió su sonido, y hasta los fines de la tierras sus palabras.* Y Cristo así predicado, es luz, entonces y ahora, para los gentiles que le quieren creer; y es luz y honra para los judíos que también le quieren creer, como lo nota San Pablo, diciendo (*Rom.*, 9, 5): *De los cuales viene Cristo, según la carne, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos* (2).

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios de como lo pensaba Pilato. El pensaba que ponía a Cristo en acatamiento de aquella gente no más, y dijo: *Veis ahí el hombre.* Y pensó, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, que ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas porque vió el Padre Eterno que tal espectáculo como aquel de su Unigénito Hijo, *imagen de su hermosura,*

(1) Alude a la predicación del Evangelio que los misioneros españoles llevaban al nuevo mundo, al cual pretendió pasar el autor, recién ordenado de sacerdote.

(2) Téngase presente que el M. Avila era oriundo de linaje judío.

no era razón que tan pocos ojos ni tan malos lo mirasen, ni que a corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor, y que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijesen: *Mirad este hombre*. Porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno y malo, y lleno de temor, por el cual sentenció a muerte a Cristo; y no merecía ser él pregonero de esta palabra: *Mirad a este hombre*; y por eso lo mandó Dios pregonar a otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir, que ni un solo punto dejar de predicar y confesar la verdad y gloria de Cristo. Pilato era sucio, porque era infiel y pecador; mas de los pregoneros de esta voz: *Mirad a este hombre*, profetizó Isaías (52, 7) diciendo: *¡Cuán hermosos son los pies—sobre los montes—, de los que predicán buenas nuevas de paz y de bienes, y que dicen: Sión, reinará tu Dios!* El Dios de Sión es Jesucristo, en cuya persona dice David (Ps., 2, 6): *Yo soy constituido Rey de mano de Dios sobre Sión, monte santo suyo, predicando su mandamiento*. Y este Rey que predica el mandamiento del Padre, que es la palabra del santo Evangelio, comenzó a reinar en Sión cuando fué recibido el domingo de Ramos por Rey de Israel, en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y para dar a entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David *ser constituido Rey sobre el monte de Sión*, que es monte donde estaba el templo en que a Dios se ofrecía su divino culto. Y después, cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los suyos, y fué predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los Pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y cuando se convirtieron del primer sermón de San Pedro *casí tres mil hombres* (Act., 2, 41), crecía este reino. Y cuando más gente se convertía, *predicaban los Apóstoles a Sión: Reinará tu Dios*. Como quien dice: Aunque ahora este Señor es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que al fin del mundo reine en todos los hombres, galardonando con misericordia a los buenos, y castigando *con vara de hierro* (Ps., 2, 9) de rigurosa justicia a los malos. Esta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios*.

Y porque en el corazón del hombre sucio no reina Cristo, pues reina el pecado, no es razón que predi-

que a los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar a Cristo. Y por eso dice Isaías *que son hermosos los pies de los que predicán la paz*. En los pies son significados los deseos del ánima, que han de ser *hermosos*. Y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba (3), porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies, no piense que él se los limpió, mas dé gracias a Aquel que lavó el Jueves Santo los pies a los discípulos con agua material, y lava las ánimas de todos los lavados con su Sangre bendita.

No era, pues, razón, que tan limpio Rey como Cristo, fuese anunciado con boca sucia, como la de Pilato; ni que para espectáculo en que tantas y tan grandes maravillas había que mirar, como era Cristo cuando salió a ser visto del pueblo, hubiese un pregoneiro no más, y que tan poco sonase. Y si Pilato pensó que ya no había de haber memoria de Cristo, ni quien de Él hubiese compasión, ordenó Dios que, en lugar de los pocos que le escupían, hubiese, haya y habrá muchos que con reverencia le adoren. Y en lugar de los que no querían mirarle de asco, haya muchos más que se revean en mirar aquella benditísima cara—aunque esté puesta en cruz—, como en espejo muy luciente. Y en lugar de los que pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos que confiesen que ningún mal hizo por que padeciese, sino que ellos pecaron, y Él padeció por amarlos. Y si la crueldad de aquéllos fué tanta, que no hubieron de Él compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz, quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima:

*¡Heridas tenéis, Amigo,
y duelen os!
¡Yo las tuviese por vos!*

No piense Pilato que atavió a Cristo en balde, aunque no pudo mover de compasión de Él a los que allí estaban, pues que tantos, acordándose de estos traba-

(3) Alude al texto: *No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos ropas, ni zapatos...* (Mt., 10, 9, 10; véase Lc., 10, 4.)

jos de Cristo, han tanta compasión de Él, que están azotados, y coronados, y crucificados en el corazón con Él, como dice San Pablo de sí (Gal., 2, 19), y en persona de muchos.

CAPITULO 112

De cuánta razón es que nosotros miremos a este hombre, Cristo, con los ojos que lo miraron muchos de aquellos a quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.

Muy justa cosa es, doncella, que estas razones tan justas, y estos ejemplos tan vivos de muchos, os muevan a que, quitada toda tibieza, se fije en vuestro corazón con amor entrañable el que por vos con graves dolores fué puesto y fijado en la cruz, y que no seáis vos de los duros, que aquella voz oyeron en balde, mas de los que oírla fué causa de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían, mas de los que dice Isaias: *Deseamos verle. Porque muchos reyes y profetas desearon ver la faz y oír la voz de Cristo nuestro Señor (Lc., 10, 24).*

Mirad, pues, doncella, a este hombre, Cristo, que por un indigno pregonero suyo es pregonado. Mirad a este hombre, para oír sus palabras, porque éste es el Maestro que el Padre nos dió. Mirad a este hombre, para imitar su vida, porque no hay otro camino para ser salvos, si Él no. Mirad a este hombre, para haber compasión de Él, pues que estaba tal, que bastaba a mover a compasión a los que mal le querían. Mirad a este hombre, para llorar, porque nosotros le paramos con nuestros pecados tal cual está. Mirad a este hombre, para le amar, pues padece tanto por nos. Mirad a este hombre, para os hermosear, porque en Él hallaréis cuantos colores quisiéredes, con que os hermoseéis: bermejo, de las bofetadas que recientes le han dado; cárdeno, de las que rato ha, y en la noche pasada le dieron; amarillo, con la abstinencia de la vida toda y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrido de los golpes, que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores las quisieron pintar los sayones. Porque según está pro-

fetizado por Isaias (50, 6), en persona de Cristo: *Mis mejillas di a los que las arrancaban; y mi cuerpo a quien lo heria. ¡Qué matices, qué aguas, que blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermo-sear, si por vuestro descuido no queda! Mirad, don-cella, a este hombre, porque no puede escapar de muerte quien no le mirare. Porque así como alzó en un palo Moises la serpiente en el desierto (Núm., 21), 9; Jn., 3, 14) para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así, quien a Cristo pue-to en el madero de la cruz no mirare con fe y con amor, morirá para siempre.*

Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre diciendo (Ps., 83, 10): *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, así nos manda el Eterno Padre dicen-do: «Mira, hombre, la faz de tu Cristo; y si quieres que mire Yo a su faz para te perdonar por Él, mira tú a su faz para me pedir perdón por Él.» En la faz de Cristo nuestro mediador se junta la vista del Pa-dre y la nuestra. Allí van a parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama *Cristo del Padre*, porque el Padre lo engendró, y le dió lo que tiene; llámase *Cristo nuestro*, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. *Mirad*, pues, *en la faz de vuestro Cristo*, creyendo en Él, confiando en Él, aman-do a Él, y a todos por Él. *Mirad en la faz de vuestro Cristo*, pensando en Él, y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en espejo, veáis vuestras faltas, y cuán lejos vais de Él; para que conociendo vuestras faltas que os afean, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veis correr, y con dolor limpiéis vuestras manchas y quedéis her-mosa.

Así como los judíos quitaban los ojos de Cristo porque le veían tan maltratado, así Cristo quita sus ojos del ánima que es mala, y la abomina como le-prosa; mas después que la ha hermo-seado con la gracia que le ganó con sus trabajos, pone sus ojos en ella diciendo (Cant., 4 1): *¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de pa-loma, sin lo que está escondido dentro.* Dos veces dice *hermosa*, porque ha de ser justa y hermosa en cuerpo y en ánima; de dentro en deseos, y de fuera en obras. Y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: *Sin lo que de dentro está*

escondido. Y porque la hermosura del ánimo, como dice San Agustín, consiste en amar a Dios, por eso dice: *Tus ojos son de paloma*; en lo cual se denota la intención sencilla y amorosa, que a sólo agradar a Dios mira, sin mezcla de interés propio.

Mirad, pues, a Cristo. porque os mire Cristo a vos. Y así como no habéis de pensar que Él haya hecho alguna cosa por la cual Él mereciese tomar sobre sí imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado. De gracia, que no de deuda, se vistió nuestra fealdad; y de gracia, y sin deuda, nos vistió de esta hermosura. Y a los que piensan que la hermosura que tienen en su ánimo la tienen de sí, dice Dios por Ezequiel (16, 14): *Perfecta eras con mi hermosura, que había puesto sobre ti; y teniendo fiducia en tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación a cualquiera que pasaba, para ser hecha suya*. Esto dice Dios, porque cuando un ánimo atribuye a sí misma la hermosura de justicia que Dios le dió, es como *fornicar consigo misma*, pues quiere gozar de sí misma en sí y no en Dios, que es su verdadero Esposo, del cual le viene el ser hermosa; y quiere más gloriarse en su nombre—que es *fornicar en su nombre*—, que gloriarse en Dios, que le dió lo que tiene. Y por eso con mucha razón le quita Dios la hermosura que le había dado, pues se le quería alzar con ella. Y como este vano y mal aplacimientto, que en sí mismo se toma, es soberbia y principio de todo mal, por eso dice: *Pusiste tu fornicación a cualquiera que pasa*; porque el soberbio, como tiene por arrimo a sí mismo, que es vanidad, a cualquier viento es llevado, y hecho cautivo de cualquier pecado que pasa; y con mucha razón, pues no quiso humillarse para permanecer teniendo a Dios por arrimo.

Mirad, pues, *este hombre* en Sí, y miradlo en vos. En Sí, para ver quién sois vos: en [vos] (1). para ver quién es Él. Sus deshonras y abatimientos, vos los merecíades, y por eso aquello es vuestro; lo bueno que en vos hay, suyo es, y sin merecerlo vos, se os ha dado.

(1) *En vos*. Las ediciones consultadas traen *en El*; pero creemos que el sentido pide *en vos*.

CAPITULO 113

En que se prosigue el modo como habemos de mirar a Cristo, y cómo en Él todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura (1).

Si sabéis aprovecharos de lo que os he dicho, pondréis toda vuestra atención a mirar con espirituales ojos a este Señor, y hallaréis que os será más provechoso, que si con solos los ojos de carne le viéades. Porque a los ojos de carne parecía Cristo afeado, mas a los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo, dice Isaiás, que *estaba su faz como escondida*; mas a los ojos de la fe no hay cosa que se le esconda; mas como ojos de lobo cerval, que ven tras paredes, traspasan lo que parece de fuera, y entrando en lo interior, hallan fortaleza divina debajo de aquella humana flaqueza, y debajo de la fealdad y desprecio, hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaiás: *Vimosle, y no tenia hermosura*, díjolo en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más. Mas tomad doncella, la luz de la fe, y mirad más adentro, y veréis cómo éste que sale en semejanza de pecador, es justo y justificador de pecadores; éste que muere, es inocente como cordero; éste que tiene la cara muy amarilla, es en Sí muy hermoso, y por hermostear a los feos se paró tal. Y pues mientras el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar; y mientras más sudado viene, y con heridas y sangre por amor de ella, más hermoso le parece, mirando el amor con que se puso a trabajos por ella, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso mientras más afeado

Decidme: si *la primera* condición de hermosura escondió, cuando de rico y abundante, se abajó a que le faltasen muchas cosas, ¿qué fué la causa, sino porque a nós ningún bien faltase? Y si fué hecho al parecer *desemejante* a la imagen del Padre hermoso,

(1) Véase el Tratado 13 del Santísimo Sacramento, P. 2.^a, n. 10.

no fué sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad. Y si escondió *lo tercero*, que es la luz o color, cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y obscurecida, y aquellos ojos lucientes se obscurecían, ya que quería morir y después de muerto, ¿por qué fué esto, sino por dar luz y color vivo a nuestras obscuridades? Según Él mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa a Él cuanto a Dios, y la tierra, que significa la humanidad, hizo lodo, que significa su abatida Pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego, que significa el género humano. Y si *lo cuarto* que es el ser grande, Él escondió cuando se hizo hombre, y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fué, sino para conformarse con los chicos, y pegarles su grandeza? Según fué figurado en el grande Eliseo (4 Reg., 4, 34), que, para resucitar el muchacho chico, se encogió y inidió con él, y así le dió vida.

Pues si San Agustín dice, que amando a Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor, más somos hermosos. Pues en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía a su Padre, como en padecer por su honra, como Él dijo (Jn., 14, 31): *Porque conozca el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí*. Mas ¿adónde iba? Claro es que a padecer. Y pues mientras una es mejor obra, tanto es más hermosa—porque lo bueno es hermoso y lo malo feo—, claro está que cuanto Cristo más padecía, mejor obra era; y, por tanto, mientras más abajado y afeado, más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas pasó por honra del Padre y provecho de nosotros. Estos son los ojos con que habéis de *mirar a este hombre* siempre, para que siempre os parezca hermoso como lo es. Y también para que sepa Pilato allá en el infierno, do está, que pone Dios unos ojos a los cristianos, con los cuales mirando a Cristo, tanto más hermoso les parezca, cuanto él más afearlo quiso.

Ahora oíd cómo todo esto dice San Agustín: «Amemos a Cristo; y si algo feo halláremos en Él, no le amemos. Aunque Él halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó. Y si halláremos en Él algo feo, no le amemos. Porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de Él: *Vímosle y no tenía hermosura*, si considerares la misericordia con que se hizo hom-

bre, allí también te parecerá hermoso. Porque aquello que dijo Isaías: *Vinosle, y no tenía hermosura*, en persona de los judíos lo decía. Mas ¿por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraron con entendimiento. Mas a los que entienden *el Verbo hecho hombre*, gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del Desposado (*Gal.*, 6, 14): *No me glorio yo en otra cosa sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor.*—¿Poco os parece, San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, sino que aun os honráis de ellas?—¿Por qué no tuvo Cristo hermosura? Porque *Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece necedad a los infieles gentiles* (1 *Cor.*, 1, 23). Mas ¿por qué tuvo Cristo en la cruz hermosura? Porque (v. 24) *las cosas de Dios que parecen necedad, son más llenas de saber que lo sabio de todos los hombres. Y las cosas de Dios que parecen flacas, son más fuertes que lo más fuerte de todos los hombres.* Y pues así es, parézcacos Cristo Esposo hermoso, siendo Dios hermoso, Palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque Él era infante que no hablaba, cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trajo a los Reyes Magos, fué adorado en el pesebre, en el que fué puesto como manjar de animales mansos. Hermoso, pues, es en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, hermoso en los brazos de Ella; hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando a la vida, hermoso no teniendo en nada la muerte; hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola a tomar cuando resucitó hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo, hermoso en el entendimiento. La suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso adonde le hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso.» Todo esto dice San Agustín.

Y cierto; si con estos ojos mirásedes a Cristo, no os parecería feo, como a los carnales que en su Pasión le despreciaban; mas con los santos Apóstoles, que en el monte Tabor lo miraban, pareceros ha *su rostro resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve* (*Mt.*, 17, 2); y tan blancas. que,

como dice San Marcos (9, 2), *ningún batanero sobre la tierra las pudiera emblanquecer tan bien*. Lo cual significa que nosotros, que somos dichos *vesiatura de Cristo* (Isai., 49, 18) porque le rodeamos y ataviamos con creerle y amarle y alabarle, somos tan blanqueados por Él, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos dió, de gracia y justicia. Parézcaos Él *como el sol*, y las ánimas por Él redimidas, *blancas como la nieve*. Aquellas, digo, que confesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoreadas en esta piscina de sangre del Salvador; de la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por Él, que bastan a enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: *Deseará el Rey tu hermosura* (Ps., 44).

DEO GRATIAS

DOCUMENTOS ESPIRITUALES

1.—DOCTRINA ADMIRABLE

INSTRUCCIÓN A UN MANCEBO PARA QUE SEGURO SIRVIESE
A DIOS EN EL CAMINO DE ESPÍRITU (1).

(Fragmento.)

[QUE NO SE HAN DE BUSCAR LOS DELEITES DE DIOS, SINO
SU CRUZ.]

Así que, mi hermano, como hay muchos engaños en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y sentimiento de Él mismo, con el cual el ánima se alienta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en su distraimiento que las ánimas tienen (2); así os aviso que hay otro engaño de otros; el cual es más dificultoso de conocer, y aun de curar, cuanto va debajo de mejor título, creyendo que el verdadero amor de Dios es sentimiento del mismo. En lo cual yerran muchos; porque no puso Dios su amor en que Él os dé sabor a vos, sino en que vos sepáis bien a Él: y entonces sabéis vos bien a Él, cuando por su amor padecéis sin tasa, y tomáis de su mano. sin desechar cosa; en ser humilde, casto, paciente en vuestro aniquilamiento, en sufrir y callar, y en ser deshonrado por Cristo, con las demás virtudes, y no en sentimiento de devoción sensual. Esta no se ha de buscar; y en las virtudes no hay peligro, ejercitándonos en ellas por amor de Dios; y en las dulzuras y sentimientos espirituales, sí.

Mirad bien, hermano, no salgáis de un lazo y en-

(1) Se halla en la edic. de 1618, que tenemos a la vista.

(2) Esta transición da a entender el asunto de que el autor ha tratado anteriormente en esta Instrucción, que ha llegado incompleta hasta nosotros,

tréis en otro; quiero decir, que para llegar a Dios, si renunciasteis todo sabor y contentamiento, y disteis de mano a lo que deleita—porque esto buscábades y tras esto andábades en aquel tiempo de vuestra perdición, y esto os ocasionó a os apartar de Dios—, ahora que lo servís no tornéis a buscaros en Dios, deseándoos contentar con Él, y andar a vuestro sabor, y servirle como vos queréis, y no como Él quiere, porque todo es engaño.

Y advertid mucho que hay un amor de Dios afectuoso, el cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto. Porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y sabor que nos dan; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huímos de ella; y verlo hemos, en que si Dios nos quita su favor y nos atribula, lo llevamos con rostro torcido, desconfiamos entristecidos. Donde se nos muestra bien claro que no es amor de Dios, sino nuestro; de suerte que amamos a Dios como a hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, mas no amamos su voluntad, si Él quiere lastimarnos y trabajarnos. Por este camino tratamos con Dios, y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en Él con la vista espiritual; mas no amamos en Él su querer, su voluntad, como esto sea verdadero amor. No penséis que tanto ama uno a Dios cuanto siente de Él, y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuanto fuere fundado en virtudes y caridad y en la guarda de los Mandamientos de Dios (*Jn.*, 4, 34). Este es fiel amador de Dios y fiel amigo.

El afecto dulce puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre y no de la gracia de Dios, y del corazón carnal y no del espiritual, y de la carne y no de la razón. De suerte que el espíritu algunas veces se inflama y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Veréislo devoto, porque le sucedió a su gusto tal cosa, y dice: «Bendito sea Dios que me dió este aparejo, esta buena ocasión para servirle a mi contentamiento, y me puso en esta quietud donde nadie me va a la mano; rezo cuando quiero, duermo cuando tengo

gana, déjanme hacer lo que quiero, tengo paz en otras cosas»—que cada uno sabe que las abrevio, porque habíamos topado cantera muy larga—. Y si Dios le quita el gusto o aparejo, y le envía tentaciones, necesidades, cuidados, cruces, y le aflige con intamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza. ¿Veis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que bien le sabe, y no del mayor, que es de lo que más le aprovecha y cumple, como es todo lo penal? De suerte, que ama la presencia de Dios y su hermosura porque le da sabor, y no su voluntad porque le da cruz y trabajo.

En esta devoción y afecto erraban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en Él lo que les daba deleite y no lo que más les cumplía, como esto sea lo que más se ha de buscar. Y así les dijo Él mismo que no le amaban, cuando se quería subir al cielo y quitárseles de delante, lo cual ellos mucho sentían. *Si me amaseis*—dice (*Jn.*, 14, 28)—aunque me ausento de vosotros, y os quito el contento que os da mi humanidad, os *gozaríais*; mas como no me amáis, no os gozáis. ¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querrian morir que dejar de veros, les decís que nos os aman y que no es amor el que os tienen? ¡Oh cuántos piensan que lloran por Dios, y lloran por sí! ¡Oh cuántos piensan que le aman, y se aman a sí; que le buscan, y se buscan a sí! Quien mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de aguas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos de la ausencia de Jesucristo, ¿quién no juzgara que amaban entrañablemente a Dios? Y aun ellos lo juzgaron, porque así lo sentían en sus corazones. Y díceles la suma Verdad, que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura ni sentimiento es amor suyo, sino conformidad con su querer, y el vivir con su voluntad, y que huelguen más de lo que Él quiere, aunque sea quitarles a sí mismo por presencia, que no de lo que a ellos deleita.

Y si de aquesto habían de holgar, pareciendo cosa tan justa el tener pesar, pues eran privados de la presencia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le qui-

te que sea honrado, ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento de lo que quiere su Criador? ¡Oh válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh cuántas intitulamos por espirituales, que son pura carne! Si no, echad de ver a San Pedro; cuando Cristo trató que había de morir y padecer afrentas, etc., él dijo (*Mt.*, 16, 22): *Señor, tened piedad de Vos, que no es razón que muráis.* ¿Quién no dijera que procedía esta compasión de grande amor, y no era sino carne? Y fué respondido y reprendido con la respuesta que dió el mismo Dios al demonio, llamándole *Satanás*, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios. Y si hubiéramos de juzgar aquel consejo según lo dicta la carne, diéramos voto que era muy justo y muy provechoso, pues era quitar cruz y muerte a quien no la merecía. Mas Cristo dice que es *Satanás*, y *que no sabe de las cosas de Dios, sino de la carne*, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz, ni que bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo.

También parecía grande amor quererse estar San Pedro *a la gloria de la transfiguración de Jesucristo* (*Mt.*, 17, 4) y era propio amor e interés, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

No se puede pensar pestilencia mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición, que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio, y caminos a nuestro parecer llanos, cuyos fines son pel grosos y espeñaderos. Tendríamos por muy loco, y con muy grande razón, al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello había de comprar grandes posesiones, y por otra parte menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin de lo que desea. Pues muy más loco es, y de muy más peligrosa locura, el que deja lo que verdaderamente y principalmente la divina Escritura enseña para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con cierto aborrecimiento de pecados, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida, y nuestra

mortificación sea muy cabal y verdadera, si se contentase con solas fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones y cosas que tienen el parecer sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento, ni hay fruto sobre que estribar.

Y es lo peor, que éstos que buscan consuelo y contentamiento en las cosas divinas, si son avisados por persona que les entiende su engaño, curan poco de tomar consejo tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía. De esta miseria tan grande, que no se puede pensar mayor, tenemos profecía del Apóstol San Pablo (2 Tim., 4, 3), por la cual dice, que *vendrá tiempo en que los hombres aparten los oídos de la verdad y del verdadero espíritu, y se conviertan a oír fábulas y cosas de sus intereses y contentamientos, y busquen maestros que les enseñen cosas apacibles y bien coloradas*, y les pongan descuido en aquello sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento, y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida. Pues sin verdadero negamiento de la voluntad propia, y mortificación y cumplimiento de la Ley de Dios, y sin tener esta raíz en los corazones de los hombres, no pueden ir al cielo, por más que se eleven en los aires y vean visiones; ni hay cosa que baste para descuento de lo que en este caso Dios nos pide.

No quiero, hermano, gastar mucho tiempo con vos en deciros si hay algún daño que venga por este camino a los que se dan a los ejercicios espirituales; remitome a la experiencia de cada uno, y a su poco aprovechamiento, y a los vicios en que viene a dar sin mirar en ello; porque viven contentos con buscar en Dios su propio contentamiento y sabor, sin quererlo para más que esto. Y los hombres de verdadero celo podrán juzgar cuán poco es el grano para tanta paja, y cuán poco es el seso, y cuán menos la verdad entre tantas apariencias y ceremonias, confesiones, y comuniones y recogimiento, lo cual todo son medios para gran santidad y aprovechamiento.

¡Oh hermano, cuán faltos estamos de buen paradero, y de acertar la posada entre tanta diversidad de caminos, y entre tanta diferencia de enseñadores, y tan diferentes de los enseñados! Hurtad el cuerpo

a todo lo que os pide deleites y gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en puro padecer a secas por Cristo en vuestra lección, oración, penitencias, confesiones, comuniones, y obedecer, y ejercitaos en las demás virtudes, y no erraréis, porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha notificado a los hombres, que es la cruz, que como llave, abre los cielos a todos los que consigo la llevan. ¡Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven y se sirven! ¡Cuán muchos se aman y dicen que te aman, y dicen que andan tras Ti y andan tras sí! Aví[ve]se cada uno, y procure hacerse a la voluntad de Dios y a su conformidad, y busque esto y no gustos ni contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio. Hermano, mirad que es sutil este engaño, y he visto muchos en él—y aun los conozco y trato—que desordenadamente desean, y con grande afición quieren llegarse al Sacramento santísimo de la Eucaristía por gustillos y lágrimas, sin tener respeto de qué es lo que se debe pretender de los Sacramentos, y el fin para que Jesucristo acá nos los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz, que les ha de salvar; y se les parece en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y con ocasión de desaprovechar a los compañeros. Busque, busque, el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos, sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

Oh amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Espiritual hermosura era la que Lucifer deseaba en el cielo; y porque no le convenía, ni la remitió a la voluntad de Dios, *como rayo bajó del cielo y cayó*; y deseando el contento, cayó en eterna cruz; y procurando lo ajeno, perdió lo propio. ¿Para qué quiere el siervo de Dios el contentamiento, y la excelencia de la santidad, y abundancia de gracia? ¿Es por ventura para agradarse a sí, viéndose consolado y con gusto, o para agradar a Dios? Si espera esto segundo, sabed, sabed, amigo, que entonces agrada el hombre a Dios cuando se contenta de lo que Él le da y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si os da a padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y Él está contento, contentaos vos, y daréis testimonio que

buscáis su voluntad y no la vuestra. A las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles, dice Cristo que no es amor; y al llevar su cruz, y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone por título y renombre de amor; y así dijo: *Si me amaseis, os contentaríais con mi ausencia*. Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien a quien nos hace mal.

Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira, y llevaste la injuria, y sufriste la pena, y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrebataste. *Esto sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesús*, dice el sagrado Apóstol (*Philip., 2, 5*). ¿Qué es lo que tenemos de sentir? Menosprecios, como Él mismo; pobreza, y humildad y abatimiento, como Él, que *siendo igual al Padre, se hizo hombre, y tomó forma de siervo*. Esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre. Sentimiento del Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas. Pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los de espíritu. Si no fuere cuando el Señor los da de su mano, no buscarlos; tú busca conformidad con su querer; y entonces podrás tener por seguras tus lágrimas, ser te han provechosos los sentimientos, e irás muy asegurado; y lo demás que por aquí no se regla es engaño. Porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos, y con aficiones de Dios, que les proceden de ser muy sensuales e imperfectos. Porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben, mas aquel sentimiento y gusto sensual que les causa el contento y dulcedumbre que toman en Dios y no en su santa voluntad, ni se han negado, ni renunciado en sus santos mandamientos, lo cual sería verdadero amor. Y cuanto les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más. Luego los veréis, en quitándolos aquel gusto, airados, inquietos y pecadores de arte mayor, flacos y sin rienda en los vicios. Lo cual es testimonio de lo que decimos, que se amaban a sí y no a Dios, y más a aquel bocadillo de gusto que no a Cristo.

Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come calla, y en acabándola llora. De manera, que cuando callaba no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no era obediencia ni amor, sino golosina e interés propio. ¡Oh qué de ni-

ños desobedientes a Dios hay hoy! Que si no riñen, o deshonran, o murmuran, o hablan ocioso, o maldicen, o pierden el tiempo, no es por contentar a Dios o hacer lo que Él manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles a las manos, y veréislos que sus lágrimas y deseos no eran amor, sino propio interés, pues ofenden a Dios y le descarán. De suerte que tanto les duró el amor cuanto les duró la dulcedumbre, como que en los bienes y abundancia se conozcan los verdaderos amigos, y no en los trabajos y necesidades.

Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón, y pobres de la gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no sienten los verdaderos amadores de Dios. Y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado, y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación; y así en ofreciéndosele cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben como si allí les fuese la vida. Y mirad bien que esta dulcedumbre y afectos de devoción muchas veces los causa, no la abundancia y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene el ánima. Las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan. Como si diédeses un buen sorbo de buen vino a uno que estuviese borracho de lo beber, no lo sentiría ni se alegraría; mas si lo diédeses a uno que no lo ha bebido, y le tiene gana y muere por él, hará maravillas y alegrarse ha. La gente que no está embriagada ni llena del vino de Dios, con mucha caridad y gracia, tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya tiene vivienda en la gloria; y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con mucha alegría; y en hecho de verdad es poco o nada, y por ventura—y aun sin ella, como dijimos—procede de poco amor y espíritu verdadero. Mas el que está lleno de amor fuerte y fino, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en sí propio.

Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en

abundancia. Y así veréis que cuando Dios llama a un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre a sorbillos ni a gustillos, sino con una viveza allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job (14, 15): *Llamarme has, Señor, y yo te responderé.*—¿Y en qué le enviaréis la respuesta, varón santísimo?—¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y desamparo, en las llagas y en la pobreza, y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las demás virtudes.

Así el Apóstol San Pablo, cuando fué llamado con viva voz de Dios, no dió respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal de gran substancia, diciendo (Act., 9, 6): «Yo os doy mi querer, y póstrolo al vuestro, y póngolo en vuestras manos; tomadlo, y mandad lo que mejor os parezca.» Y vemos adelante, que el mismo Dios dice, notificando la posesión que tenía ya en Pablo, y lo que le quiere como a escogido y llamado (Act., 9, 16): *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria.* Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y éste es el verdadero título de los muy amados de Él, no dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias y en infamias, testimonios, pobreza, necesidades, y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer a la misma carne. Este es el buen responder a Dios cuando llama.

Avisos, hermano, que el sentimiento de Cristo deja obligado al que fué llamado a muy particulares servicios, si no quisiere hallarse el hombre con grande ingratitud delante su Criador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el llamamiento y sentimiento es de Dios, cuando le respondiéredes con el cumplimiento del divino querer, aunque sea con riesgo de perder la hacienda, vida y honra. Y esto es lo que justifica al hombre y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y semejante a Jesucristo, que a sorbos tuvo, y muy de paso en esta vida, los consuelos; y siempre estuvo en ejercicio de cruz, sin resfriarse un punto en el amor de ella.

También sabed, hermano, que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, a fin de tener la carne en gran flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula, y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole el tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercite en vigiliias y larga oración, o extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha menester, y sacándose la sangre sin tasa ni medida; y así con esta demasía venga a perder los ejercicios más útiles, y en que Dios más se sirve y agrada.

Y aun de aquí resulta otro engaño, y es, que como el alma se siente muy abundante en estos sentimientos y dulzuras, cree de sí que es perfecta, y con esto se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu.

Trae en otro desvario el demonio a los tales; y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios, en que se ejercitan en el camino del Señor, sino andar buscando sentimientos de devoción y dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos. Los cuales vienen de poco en poco a ser del justo Juez Cristo permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone los ojos en la intención de los corazones humanos.

Y pluguiera a Dios, hermano, que antes hubiérades sido un glotón de bien comer y beber, y contentaros a vos mismo, según la carne, en estos deleites; porque al cabo el mismo hastio fuera causa de vuestra enmienda; y no hubiérades sabido a qué saben sentimientos de Dios, si no sabéis estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer, y la cruz, a todos ellos; porque el sabor suyo quizá no os hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de vuestras obras, conociendo vos cómo Jesucristo nuestro Maestro puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por vos.

Mirad, hermano, que el verdadero amor está escondido allá en lo profundo de las virtudes, y manifiés-

tase en cualquiera adversidad. Declárome más: el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre, y pasar en tiempo y eternidad. Y asimismo digo en las demás virtudes. Y que cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia, este deseo y amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre actualmente padece, sufriendo cosas de pena; hallando en ellas descanso y dulzor; o a lo menos, llevándolas con paciencia. Este, si por amor de Dios lo pasa, es verdadero amor, y todo lo demás sospechoso y sin fundamento.

La santidad de hogaño, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración, y hacer grandes pecados en la conversación. Lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos a nuestros prójimos y hermanos. Allí reverenciamos la paciencia del Hijo de Dios, y después ejercitamos la ira. Callamos una hora, y hablamos todo el día. De manera que sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, es irnos a callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es consuelo y deleite; y luego quedamos como de antes. De manera, que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece, ni se trata de este punto, siendo el principal de quien debemos tratar. Mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén.

Mirad que os cumple tomar la mano de este aviso que os doy, porque os levantéis, y no tropezar en el pie de los que lo atraviesan para que caigáis, induciéndoos a que busquéis los deleites de Dios y no su cruz. Esto, pues, es lo que os digo que debéis vos hacer, si no queréis ser compañero de su engaño, y malo como ellos. Guardaos de estos huecos y vacíos, que no dejan cosa de Dios y de sí, que toda no la vierdan en la conversación espiritual que ellos dicen; y cuando les falten verdades vienen a decir mentiras, y aun a tratar pecados, y aun a cometerlos sin asco.

No sé qué os pueda decir, sino que el que tomare la mano, como yo ahora la tomo a contradecirlos, y yo sólo con muy pocos a tantos millares, queriendo desquiciarlos de su modo de santidad falsa y profana, en que están fundados, temo pasaré no pequeño

peligro, y que no me han de tener por de tan buen seso cuanto es necesario sea tenido quien ha de aconsejar y adiestrar a otros. Mas no me conviene hacerlo menos, pues que con la ayuda de Dios he tomado este cargo de desengañar a algunos que andan muy fuera de camino, entendiendo que van por el espiritual. Y así no he dejado ni dejaré de decir cosa que me parezca cumplir al aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni disimularé aunque sea a riesgo mío; pues que los verdaderos amantes de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, no me lo tendrán a mal, antes me lo agradecerán; y si algunos hubiere a quien hayamos sacado a plaza, para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían por espiritual es carne e imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro el tesoro que tenían por carbones.

El que no está tal cual aquí he pintado, piense que esta doctrina no le toca; y si está tal, conozca su engaño, y téngase por avisado. ¿No es cosa de gran dolor que no habemos de osar deciros lo que os cumple, sino dejaros ir por despeñaderos sin guía, a ciegas y perdido el camino? Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que, siendo tanta la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios engañados, haya tan pocos que piensen que lo están. Si no, preguntado, y no habrá hombre en todos, que no crea y diga en todo su seso, por verse en una devoncioncilla y lágrimas, que es ya perfecto, y que sabe mucho de cosas de espíritu, y que tiene para sí y aun para los otros, santidad verdadera, y que tienen ya prendas, y muy ciertas, de que les han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa muy peligrosa y común a muchos, que es la falta del conocimiento del verdadero espíritu de Dios; casándose cada uno con su opinión; teniendo por mejor lo que quieren hacer, que no lo que deben, y seguir antes do guía el apetito de la sensual devoción, que escuchar do llama el espíritu y doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y resignar su voluntad en la del Señor, y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

Mirad qué va de esto, a andar tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busca su propia